

## DE LAS CUENTAS NACIONALES A LA RIQUEZA DE LAS NACIONES. UNA HOJA DE RUTA PARA LA ECONOMÍA DEL SIGLO XXI <sup>1</sup>

ALBINO PRADA BLANCO  
Universidad de Vigo

Recibido: 13 de enero de 2010  
Aceptado: 24 de marzo de 2010

Desde la obra clásica<sup>2</sup> de Adam Smith del año 1776 pocas veces se ha hecho un esfuerzo intelectual sobre la naturaleza de la riqueza de las naciones como el que nos va a ocupar para comentar en este modesto resumen. La excepción estaría, en mi opinión, en la obra del economista de origen ruso Simon Kuznets (1901-1985), que fuera premio Nobel de Economía y creador del sistema norteamericano unificado de contabilidad nacional. Pues va a ser sobre esta base intelectual sobre la que se levanten conceptos hoy de uso común como el producto interior bruto (PIB), la renta por habitante o el valor añadido. No obstante, conviene recordar que ya en el año 1934 el propio Kuznets dijera en un discurso ante el Congreso norteamericano que “*es muy difícil deducir el nivel de bienestar de una nación a partir de su renta nacional (per cápita)*”.

Pero para la moderna contabilidad nacional –y para la mayoría de los economistas– la riqueza de la nación estaría resumida en el PIB. Este viene a ser el flujo anual de los bienes (agrícolas, industriales) y servicios producidos medidos por su valor monetario. Desde el punto de vista de los ingresos –o del valor añadido– esa riqueza anual coincidirá con la suma<sup>3</sup> de las rentas salariales más las no salariales (beneficios empresariales, dividendos bursátiles, intereses bancarios, etc.).

En un reciente y excepcional trabajo colectivo<sup>4</sup> presentado en el año 2009 (en el que sus tres coordinadores están acompañados por más de treinta prestigiosos investigadores y profesores de economía de todo el mundo) se trata justa y muy oportunamente, en mi opinión, de determinar *los límites del PIB como indicador del desempeño económico y del progreso social* (1), con el objetivo de que así las

---

<sup>1</sup> Comentario y resumen del informe *Medición del desempeño económico y del progreso social*, de Joseph Stiglitz, Amartya Sen y Jean Paul Fitoussi (2009).

<sup>2</sup> *La riqueza de las naciones*, libro primero (FCE, 1979).

<sup>3</sup> Carlos Marx en *El Capital. Crítica de la Economía Política* (FCE, 1972) se había ocupado, entre otras muchas cosas, de analizar la muy singular relación entre el salario y la riqueza producida.

<sup>4</sup> *Rapport de la Commission sur la mesure des performances économiques et du progrès social* puede consultarse (también en inglés) en [www.stiglitz-sen-fitoussi.fr](http://www.stiglitz-sen-fitoussi.fr); las cursivas son citas textuales, los números entre paréntesis identifican los párrafos citados del documento de síntesis (de 72 páginas y 279 párrafos) titulado *Reflexiones y panorámica de las cuestiones abordadas*, mientras que las referencias precedidas de p. (o de pp.) son del informe completo de 324 páginas en su versión en francés.

*políticas públicas tengan por objetivo no el de incrementar el PIB sino el de acrecentar el bienestar social.*

Para deslindar tales límites y tener en cuenta esa diferencia, los autores pensaron que sería útil sistematizar *una lista de las adiciones y sustracciones que pueden y deben efectuarse para disponer de una mejor medición del bienestar* (8) que incluya *los aspectos no monetarios de la calidad de vida* (189). Dar cuenta resumida de ellos es el objetivo central de este comentario bibliográfico.

Debemos decir, ya de entrada, aunque nos limitemos a la producción de los bienes y servicios que cuentan con mercados y precios (una vivienda, un automóvil, la distribución de alimentos, etc.), que mejor que el producto interior bruto (PIB) sería utilizar el producto nacional neto (PNN). Neto en vez de bruto y nacional en vez de interior. Porque *el producto interior neto (PIN) es mejor que el producto interior bruto (PIB), pues tiene en cuenta la destrucción de capital* (37) y, por tenerla en cuenta, *el PIN aumenta con menos rapidez que el PIB* (58). Si a la depreciación material le añadimos la depreciación técnica –la obsolescencia que deriva de la innovación–, lo habitual va a ser que una parte no pequeña de la producción bruta de un país sirva para reponer los equipos (por usados o por obsoletos). Por ello se deberían usar indicadores netos, y no brutos, si lo que se quiere es medir el bienestar social, cosa que no se suele hacer.

El resultado no será necesariamente menor, pero sí distinto, cuando medimos lo que se produce en el interior, o bien lo que beneficia al país; entonces *el producto nacional bruto (PNB) incluye las rentas netas procedentes del extranjero o las pagadas hacia el exterior, contrariamente al PIB; si nos interesa el bienestar de la población de un país, lo importante no es lo que se produce en el interior del país, sino las rentas de sus ciudadanos* (61). Sobra decir que en un mundo globalizado las rentas derivadas de los flujos de capitales o de los movimientos migratorios son crecientes, de lo que se deduce que los límites nacionales de los indicadores económicos deberían privilegiarse sobre aquellos otros que contabilizan la mera producción interior. Así, en un país que recibe muchas inversiones extranjeras como Irlanda<sup>5</sup>, las rentas nacionales disponibles (PNB) van a ser muy inferiores al PIB, ya que una parte de los ingresos generados por las actividades de sus residentes debe ser enviada al extranjero como remuneración de aquellas inversiones.

Una vez hechas estas correcciones conviene no perder de vista que el PIB medio por habitante<sup>6</sup> (70-71) puede *no dar una percepción estadística adecuada* de la evolución del bienestar o de la riqueza para una buena parte de la población, debido a la desigualdad en su distribución. Basta con tomar nota de que la renta mediana (la que separa los hogares de un país en dos mitades, una que gana más y otra que gana menos) en EE.UU. era más baja en el año 2006 que en el año 1998, a pesar de que el PIB medio *per cápita* había crecido un 9% en el mismo período.

---

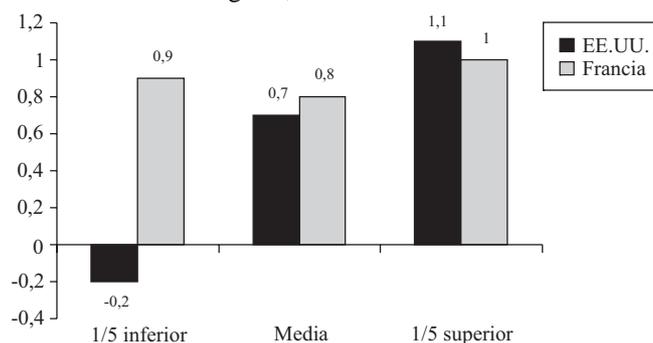
<sup>5</sup> En la p. 27 se presenta el gráfico 1.1, en el que se observa como el caso irlandés es muy diferente al de Francia o al de EE.UU.

<sup>6</sup> Incluso porque mejore debido a una regresión demográfica relativa, aspecto este no contemplado por los autores del informe.

Pero, como sucedía con el bruto en lugar del neto, o del interior respecto del nacional, lo habitual es usar indicadores medios y no medianos. Menos habitual es aún precisar de forma sistemática lo que sucede con la distribución.

Como se observa en el gráfico 1, que recoge el crecimiento medio de la renta de los hogares en EE.UU. (en negro), la situación media en un país puede oscurecer la percepción de las desiguales situaciones individuales. En el caso que presentamos para el 20% de la población menos rica (el quintil, 1/5, de la población menos rica) se habría producido un deterioro de sus rentas (-0,2%), mientras que para el 20% más rico el crecimiento fue muy superior a la media. Esta perspectiva de la equidad no sólo es muy necesario tenerla en cuenta en los indicadores monetarios (PIB, PIN, PNN, etc.) por habitante, sino también en aspectos no monetarios de la riqueza y el bienestar, que se incorporarán más adelante en nuestro análisis<sup>7</sup>. Si observamos la evolución en Francia en el mismo período y para la misma variable (barras en color gris) vemos que, aunque es muy semejante la cifra media, la realidad social en los dos extremos es muy diferente.

**Gráfico 1.-** Percepción del crecimiento medio. Crecimiento de la renta de los hogares, 1990-2000



FUENTE: Elaboración propia con datos de la p. 130 del informe.

Un problema específico y de mucha importancia (cuantitativa y cualitativa) lo tenemos en la contabilización monetaria de las actividades de las Administraciones Públicas que se incluyen en el PIB, porque *la medida de la producción (del sector público) por los consumos (y la omisión de los beneficios) puede sesgar a la baja la medida de esa producción* (106). Las actividades públicas se evalúan por lo que cuestan, pero no por los beneficios que ofrecen o por los outputs (por ejemplo, formación o salud) que generan<sup>8</sup>. En un país donde la provisión de muchos de estos servicios sea pública respecto de otro donde esta sea mayoritariamente privada una parte del PIB de aquel estará infravalorada respecto de la de este, pues en este de mayor provisión privada su contabilización incluirá los beneficios respectivos.

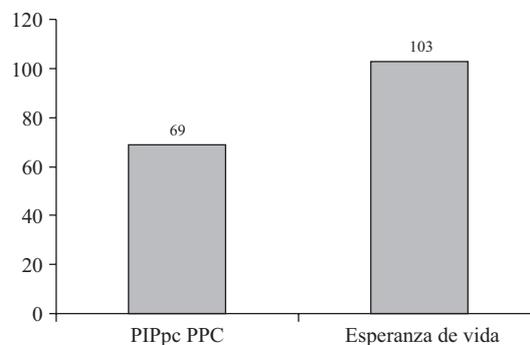
<sup>7</sup> Para el IDH, véase la p. 62 del informe.

<sup>8</sup> Cuantificar los outputs no es sencillo (véase la p. 30 del informe), lo que explicaría el uso simplificador de la evaluación de los servicios públicos en especie por el coste de provisión.

Esto afecta sobre todo a las transferencias sociales en especie recibidas del sector público (enseñanza, sanidad, etc.)<sup>9</sup>, ya que, cuanto mayores sean, más corregirán al alza la renta real de los hogares por encima de las rentas derivadas del PIB (123). Como la salud y la enseñanza son decisivos en la calidad de vida (154, 158), se pueden aproximar –sumándolos o restándolos al PIBpc– a un indicador de bienestar social en el cálculo del IDH (índice de desarrollo humano) (194). No hacerlo así supone, por ejemplo, en el caso de la enseñanza, más allá de la infravaloración de su provisión anual por el coste, no reconocer como un activo esencial de los hogares (y del país) el capital humano<sup>10</sup> en términos de años y calidad de la formación recibida y acumulada, ya que el valor de esta riqueza social es muy superior al que viene recogido en el PIB.

Es importante dejar anotado aquí que cuando se maneja el indicador de la renta familiar disponible (RFD), aunque se tienen en cuenta las transferencias monetarias entre el Estado y las familias (impuestos pagados por estas en negativo, y prestaciones y subsidios recibidos en positivo), los servicios en especie suministrados por el Estado (salud, enseñanza, etc.) siguen sin ser evaluados<sup>11</sup> como outputs, como beneficios o como un activo de las familias. Así, si cogemos un indicador tan simple del resultado de los servicios sanitarios de un país como puede ser la esperanza media de vida, el bienestar que cuantifica puede estar muy lejos de lo que nos sugiere el PIB por habitante. Una comparación<sup>12</sup> del nivel relativo entre España y EE.UU. (que tomarían el valor 100) para el año 2007 nos ahorra cualquier tipo de comentario (gráfico 2).

**Gráfico 2.-** Medida del bienestar: PIB y salud



NOTA: Nivel de la economía de España en el año 2007 si EE.UU.=100.

FUENTE: Elaboración propia con datos del PNUD (2009).

<sup>9</sup> Véase la p. 34. Téngase en cuenta que los servicios de alojamiento –de los que hablaremos después– más los servicios públicos en especie alcanzan el 30% de PIB (43).

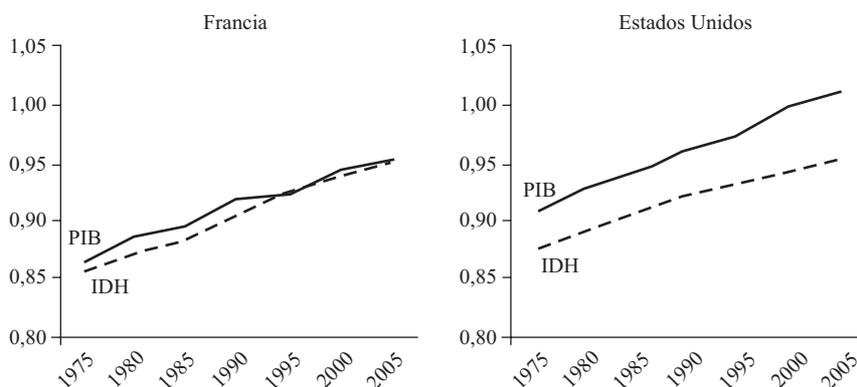
<sup>10</sup> En la p. 32 del informe.

<sup>11</sup> En la p. 33 del informe.

<sup>12</sup> En el gráfico 2.1 del informe (p. 50) se hace la comparación entre Francia y EE.UU.

No nos debe sorprender que en el informe se diga que<sup>13</sup> *los niveles del IDH dan una nueva visión del mundo, ya que las clasificaciones por países que se derivan de él son totalmente diferentes de las que descansan en el PIB por habitante*. Así, la incorporación de los logros en salud y también en educación al bienestar que mide el PIB harían que Francia y también EE.UU. estuviesen en un mismo nivel (IDH de 0,95 en los dos países), a pesar de partir de niveles de PIB muy distintos (gráfico 3).

**Gráfico 3.-** Crecimiento económico y desarrollo social



FUENTE: Gráfico 2.7 de la p. 234 del informe.

Lo que es cierto en positivo, no lo es menos en negativo. Entonces, *la parte de la población que no dispone de un seguro de enfermedad o que no tiene seguras ni suficientes prestaciones de jubilación futuras* debería deducirse en la cuantificación del PIB (182, 183). Si la prestación sanitaria realizada por el sector público suele estar infravalorada en el PIB, la ausencia de esta cobertura, más allá de no contar en positivo, debería suponer una deducción o un menor bienestar social, pues no es lo mismo tener la seguridad de la atención sanitaria o de la cobertura de un mínimo nivel de vida en la vejez que no tenerlo. El PIB puede ser mayor en el país sin cobertura, pero la medida del bienestar social no parece que pueda prescindir de cuantificar en negativo ese mayor riesgo.

Así, en general se debería *agregar la seguridad (física, sanitaria, económica en el desempleo, en la jubilación...)* o la capacidad de evitar riesgos en el cómputo del PIB si queremos medir la riqueza de una sociedad, pues hoy por hoy son *seguridades<sup>14</sup> que no se tienen en cuenta en nuestros sistemas de contabilidad nacional* (125).

<sup>13</sup> En la p. 233, en nota al pie para el período 1990-2006 se anota que la correlación entre el PIB y el IDH sólo es del 0,44, lo que indicaría que es posible mejorar mucho el bienestar social que mide el IDH, con crecimientos no muy grandes del PIB.

<sup>14</sup> Sobre las inseguridades que no se tienen en cuenta en el PIB, véanse las pp. 58 y ss. y 221 y ss. (inseguridad vinculada al desempleo, a la enfermedad, a la jubilación, etc., entre otras); un ejemplo de muy preocupante actualidad es la violencia conyugal (pp. 219-220).

Es paradójico comprobar como, por el contrario, algunas de estas *inseguridades (criminalidad) suponen incrementos en los gastos de policía y prisiones* que se agregan al PIB (129, 171), con lo que un país más inseguro para sus ciudadanos (en ese sentido con menor bienestar social) podría tener por tal motivo un mayor crecimiento del PIB, pero para los autores del informe la tasa de criminalidad es obvio que se debería deducir del eventual nivel de riqueza que mida el PIB.

En la dirección contraria, en el informe se resalta mucho como los servicios de *alojamiento de una vivienda ocupada por su propietario y la producción doméstica*<sup>15</sup> son algunos de los productos sin mercado no incluidos en el PIB (134), con lo que *el incremento de la producción de mercado (por sustitución de producciones domésticas) puede sobreestimar la mejora del bienestar* (136). También puede provocar este efecto el uso de una vivienda en régimen de alquiler frente a la opción de compra, ya que no se trata sólo de medir *las actividades económicas en la producción, pues las medidas de bienestar tratan de las rentas de los hogares y de su consumo* (118) (del uso y la distribución).

Merece la pena en este punto reproducir textualmente el ejemplo<sup>16</sup> que se utiliza en el informe para poner en evidencia de qué estamos hablando: *“Imaginemos un hogar compuesto por el matrimonio y dos hijos, que tienen unos ingresos de 50.000 unidades monetarias anuales y en el que un miembro tiene un empleo remunerado a tiempo completo mientras que el otro está dedicado totalmente a las labores de la casa. El que trabaja en casa tiene a su cargo todas las tareas, la cocina, las comidas y se ocupa de los niños. En este hogar no es necesario dedicar nada de sus ingresos a comprar estos servicios. Cojamos ahora otro hogar con el mismo número de miembros, pero en el que los dos miembros mayores ocupan empleos remunerados por los mismos ingresos totales (50.000 al año) y ninguno de los dos tiene ya tiempo de asegurar la producción de la casa y ocuparse de los niños. En este hogar es necesario pagar por la totalidad de las tareas de la casa, de cocinar, de la limpieza y del cuidado de los niños. Su renta disponible es inferior. Las formas de cálculo tradicional consideran que los dos hogares del ejemplo tienen el mismo nivel de vida, lo que no es cierto en absoluto. Al centrarse sobre la producción que tiene mercado y precios, esa forma de cálculo ofrece una imagen sesgada de los niveles de vida”*.

Estas actividades podrían considerarse parte de la economía oculta, junto con las consideradas ilegales o las de la economía sumergida, para las que la Comisión Económica para Europa de Naciones Unidas presentó en el año 2008 un interesante informe<sup>17</sup> titulado *Non-Observed Economy in National Accounts. Survey of Country Practices*.

Por otro lado, si la seguridad económica que da un menor riesgo de desempleo (o una mayor cobertura asistencial pública si uno entra en esa situación) es

<sup>15</sup> Los estiman los autores del informe entre un 30% y un 40% del PIB (44) (p. 144); sólo el trabajo doméstico se aproximaría al 20% del PIB (p. 143 nota 39).

<sup>16</sup> Traducimos de las pp. 38-39.

<sup>17</sup> Disponible en [www.unece.org/stats/publications/NOE2008.pdf](http://www.unece.org/stats/publications/NOE2008.pdf)

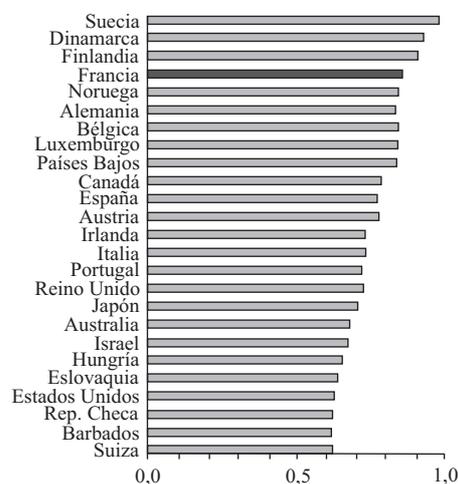
ciertamente bienestar social, pero no viene recogido en el PIB, no es menos cierto que *los costes del desempleo exceden de las pérdidas de rentas que tienen las personas que pierden su empleo, debido a los efectos no monetarios* (150) personales que esa condición implica<sup>18</sup>.

Pero este aspecto cualitativo del empleo (el mayor o menor riesgo de despido) nos sugiere que puede haber una multiplicidad de aspectos por considerar. Es en este punto donde hay que situar la *diferencia entre trabajo y trabajo decente (o trabajo no precario, sin discriminación sexual...)*; hablamos de las diferencias en la *calidad del trabajo remunerado* (161) que no recoge el PIB.

De aproximarse y medir esta importante cuestión se viene ocupando la Organización Internacional del Trabajo cuando distingue<sup>19</sup> los siguientes aspectos como componentes de un trabajo decente: las oportunidades de encontrar un empleo, los empleos que deberían estar prohibidos, una remuneración adecuada, horarios razonables, estabilidad y seguridad en el empleo<sup>20</sup>, posibilidades de conciliar el empleo y la vida familiar, igualdad de oportunidades y de trato, seguridad en el desempeño del trabajo, protección social, diálogo social y representación de los trabajadores asegurada. Son cuestiones muy importantes en el bienestar social de los trabajadores ocupados que no se miden con la mera participación de las rentas salariales en el PIB.

Para el año 2003 en una escala de 0 a 1 las clasificaciones de los países no coinciden con las del PIB, tal y como se observa en el gráfico 4 (España supera a EE.UU. y Japón).

**Gráfico 4.- Ranking del trabajo decente**



FUENTE: Informe, p. 194 (gráfico 2.4).

<sup>18</sup> En el informe en la p. 166.

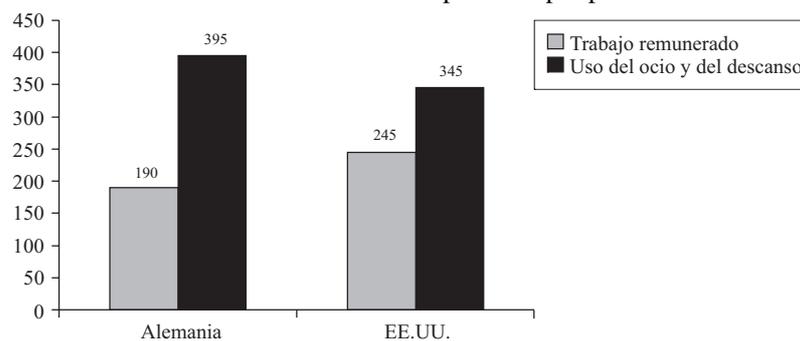
<sup>19</sup> Citamos por la p. 192 del informe; véase también la p. 54.

<sup>20</sup> También en la p. 59 del informe.

También *el tiempo empleado en el trayecto del domicilio al trabajo* reduce el bienestar, y se podría considerar como un aspecto suplementario de un trabajo más o menos decente (162), aunque también podemos considerarlo como una manifestación de un elemento del bienestar social más amplio: el mayor o menor tiempo de ocio o descanso. Pero, por el contrario, el incremento del *tiempo de ocio y descanso asociado a la mejora del nivel de vida se contabiliza desfavorablemente en la medición clásica del PIB* (131, 164), por lo que tiene de menor tiempo dedicado al trabajo remunerado y productivo, así como también el hecho de *limitar el consumo de bienes materiales a favor del ocio consagrando más tiempo a la cultura y las artes* (65) hace menos elevado el crecimiento.

De nuevo un PIB menor o igual entre dos países puede convivir con situaciones muy asimétricas en este vector del bienestar individual y social. La situación relativa entre Alemania y EE.UU. que observamos en el gráfico 5 deja clara la importancia y la desigualdad real observable en este asunto. Y conviene añadir sobre el particular que las estimaciones disponibles indican que el valor del tiempo de ocio<sup>21</sup> se sitúa entre el 20% y el 30% de los ingresos netos disponibles de los hogares.

**Gráfico 5.-** El uso del tiempo diario por persona



NOTA: En minutos.

FUENTE: Datos del gráfico 1.6 de la p. 39 del informe.

Si los aspectos cualitativos del trabajo no tienen acomodo en el PIB como indicador de la riqueza nacional, o si un mayor tiempo de ocio y descanso puede incluso afectar negativamente al crecimiento del PIB, en el informe que estamos comentando se señalan otros aspectos del bienestar social<sup>22</sup> que, o bien no se tienen en cuenta, o bien, paradójicamente, hacen que una catástrofe social se pueda traducir en crecimiento económico.

Es el caso de la calidad del medio ambiente: *las catástrofes ecológicas pueden hacer crecer el PIB gracias a los efectos que implican en términos de actividad económica* (231); *la generación de gases de efecto invernadero supone un coste*

<sup>21</sup> En la p. 149 del informe.

<sup>22</sup> Ya que *las condiciones ambientales son importantes para la calidad de vida de la población* (p. 57 del informe).

*social... y haría falta deducir del PIB el valor de ese impacto negativo* (102); por el contrario, *el acceso al aire y agua limpias tiene un impacto inmediato sobre la calidad de vida* (174). Podríamos tener, entonces, crecimientos del PIB nada virtuosos<sup>23</sup>, y también crecimientos de los que no se deduce el deterioro que provocan en el capital natural y ambiental<sup>24</sup> heredado de las anteriores generaciones.

Si del análisis anual del medio ambiente pasamos al del medio y largo plazo, el bienestar social para avanzar reclama una *sustentabilidad no sólo económica* (ya financiera o ante los riesgos cíclicos, en los sistemas de protección social...), *política o social, sino también ambiental* (251). Un indicador de estos impactos que quedan fuera del PIB vendría dado por la huella ecológica (HE) que, siendo un indicador no monetario con conocidas limitaciones<sup>25</sup>, sí que sería muy útil para medir el impacto del crecimiento económico mundial en la sustentabilidad ambiental global del planeta. De manera más particular<sup>26</sup>, otro indicador sería la huella de carbono –o huella energética–, que mediría la intensidad con la que los ciudadanos y las distintas naciones del mundo provocan emisiones que son causa del actual cambio climático, emisiones derivadas de sus consumos energéticos (para transporte, calor, iluminación, manufacturas, de las importaciones, etc.). Este componente parcial, o de la huella ecológica, sí que sería adecuado tomarlo como indicador del comportamiento de un país en relación con su sustentabilidad ambiental.

Como vemos en el gráfico 6, los casos de las economías norteamericana, japonesa y europeas situarían sus emisiones muy por encima de las biocapacidades de asimilación por habitante con las que cuenta el planeta; serían, entonces, insostenibles. Porque, más en general, *si los consumos posibles en el futuro son inferiores a los niveles actuales, se hace evidente que el nivel actual no es sostenible* (209, 226). Por ello se debería reducir el nivel de riqueza que indica el PIB si la huella ecológica (218, 241) es superior a las biocapacidades, porque estaríamos ante el *agotamiento de los recursos naturales o de la degradación del medio ambiente* (20).

Como decíamos, *también la sustentabilidad política y social* (250, 251) –que podría observarse de entrada con la evolución diacrónica del IDH (*movilidad social intergeneracional*) o con la de los indicadores de trabajo decente– debería ser tenida en cuenta junto con la sustentabilidad ambiental que medimos con la HE o con la huella de carbono.

Tampoco hai que olvidar que, con certeza<sup>27</sup>, *las garantías legislativas y del estado de derecho* mejoran el bienestar social (168). Por esa razón puede haber

<sup>23</sup> Los gastos en *prisiones, militares o de reparación de daños causados por las mareas negras* (p. 31 del informe).

<sup>24</sup> El *stock de recursos transmitidos* del que se habla en la p. 67.

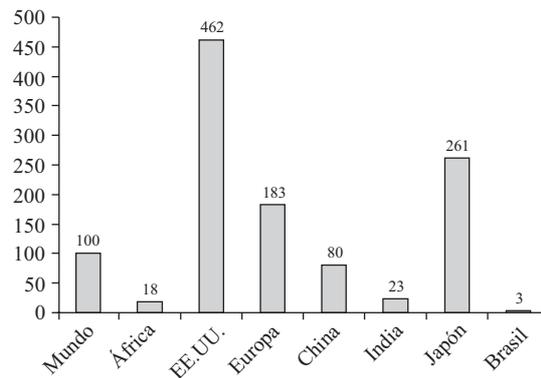
<sup>25</sup> Véanse las pp. 77-78 y, con más detalle, las pp. 258 y ss. del informe.

<sup>26</sup> En las pp. 78 y 273 del informe. En *Measuring Sustainable Development* la United Nations Economic Commission for Europe (2009) se hacen propuestas de interés.

<sup>27</sup> En la p. 55 del informe.

medidas que favorezcan el incremento del PIB, pero que reduzcan la capacidad de las personas y su libertad de elección; entonces empeoraría la calidad de vida social (9). Por el contrario, se observa<sup>28</sup> una correlación positiva entre las instituciones democráticas y los niveles individuales de bienestar subjetivo. Pero para estos atributos del bienestar social el informe no avanza indicadores que aproximen a su evaluación integrada.

**Gráfico 6.- Riqueza y huella del carbono**



NOTA: Índice de la huella de carbono por habitante en el año 2005 (media mundial = 100).

FUENTE: Elaboración propia con datos de *Living Planet Report* (2008) WWF.

## RESUMIENDO

Como sostienen los autores del informe, todo lo anterior *no significa que nos propongamos abandonar la contabilidad macroeconómica. Pensamos, por el contrario, que las cuentas nacionales jugaron, juegan aún –y continuarán haciéndolo– un papel esencial en la gestión macroeconómica* (15). Pero lo que sí que se debe concluir es que la economía de un país –o la economía como área del conocimiento humano– no se puede limitar al análisis de las condiciones materiales de vida (rentas, consumo, riqueza, PIB), sino que se debe ampliar<sup>29</sup> hacia el análisis del bienestar económico o, si se prefiere, del desarrollo económico. Esto supone tener en cuenta, como mínimo:

- a) Las condiciones sanitarias y educativas alcanzadas<sup>30</sup>.
- b) El uso no remunerado del tiempo (de ocio, en el hogar, etc.).
- c) El estado actual y futuro del medio ambiente<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> Nota 41 de la p. 198 del informe.

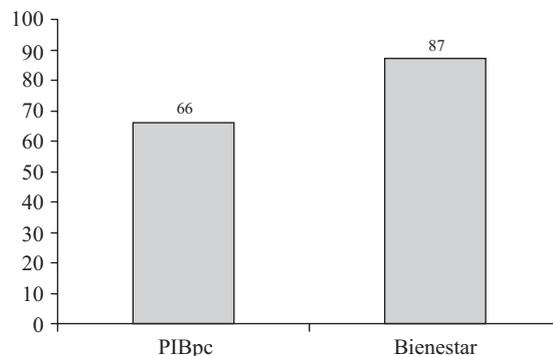
<sup>29</sup> El informe (p. 16) identifica hasta ocho vectores.

<sup>30</sup> Una primera aproximación en este sentido sería el IDH (pp. 18, 62, 233).

<sup>31</sup> Una primera aproximación sería la PE (pp. 14-15, 20, 77-78, 258 y ss.).

A título de ejemplo en una comparativa para el año 2005 entre Francia y EE.UU., mientras que en términos de condiciones materiales de vida medidas por la riqueza que cuantifica el PIB Francia estaría en el 66% de la media de EE.UU., si sólo tenemos en cuenta los servicios en especie asociados al apartado a), más el trabajo en el hogar y el valor del tiempo libre del apartado b), pasaría al 87% del valor medio agregado de EE.UU. Y si consideramos que el impacto en la sustentabilidad es del doble en un caso que en el otro, no sería exagerado igualar, como mínimo, el nivel en el desempeño económico y en el progreso social de los dos países (gráfico 7).

**Gráfico 7.-** Producción de riqueza y bienestar social



NOTA: Nivel de la economía de Francia en el año 2005 si EE.UU = 100.

FUENTE: Elaboración propia sobre datos de las pp. 41 (gráfico 1.7) y 42.

Sobre esta concepción ampliada del bienestar social la economía del siglo XXI debería ser capaz de construir un análisis que nos permita evaluarla y conocer su naturaleza y causas, teniendo en cuenta el grado de su sustentabilidad, equidad y seguridad. Es esta una hoja de ruta bien concreta, y no poco ilusionante, para los economistas del siglo XXI que acabamos de comenzar.